

Debe su gloria á sus cuentos de hadas que, siendo ya grave académico, escribió casi en broma y publicó con el nombre de su hijo d'Armancour. Era un tributo de justicia á este niño que había obligado al padre á ponerse á su alcance y á hacerse de esta suerte inteligible y atractivo para toda la infancia. Fué un Homero burgués, y Teófilo Gautier ha escrito de su *Piel de Asno*: que es « la obra maestra del espíritu humano y que en su género es tan grande como la *Iliada* y la *Odisea* »; después de todo, *Barba Azul*, *Pulgarito*, *Cenicienta* y los demás se han hecho tan célebres como *Aquiles* y *Agamenón*. Perrault ha sacado del fondo de las epopeyas populares los elementos de sus fingidas historias á las que ha dado su pluma cierto aspecto de realidad. Mientras se hace su relato á los niños, « se los ve, dice él mismo, llenos de tristeza y abatimiento cuando el héroe ó la heroína son desgraciados, y rebosantes de alegría cuando llega la hora de la felicidad ».

Tomando por su cuenta los cuentos de las abuelas, Perrault respetó su carácter fantástico al que supo dar cierto matiz de realismo.

Las hadas, grandes damas al servicio del destino, intervienen en la vida; las jóvenes dispensan los dones más preciosos mientras que las viejas, á quienes se desprecia por ser feas, dictan implacables sentencias.

Helas todas que acuden al bautizo de la *Bella Durmiente del Bosque*. Predícenle « que será la más hermosa del mundo, que tendrá ingenio como un ángel, y gracia admirable, que bailará perfectamente bien, que cantará como un ruiseñor », en fin que tendrá todas las cualidades y talentos necesarios á una princesa de aquella época. Pero, habiendo llegado la vieja hada aguafiestas, predice, « moviendo la cabeza con despecho, que la Hermosa se herirá la mano con un huso y morirá á consecuencia de la herida ». Felizmente quedaba aun un hada joven que, « aunque no tenía poder suficiente para anular lo que la vieja había hecho », cambió dicha muerte en un sueño de cien años.

Toma Perrault una aventura maravillosa, la encierra en un cuadrado de costumbres y la fija en la tierra y en el tiempo; hasta puede decirse en su tiempo. Porque hay cierta afectación de anacronismo, de ingenio, de humor, de candidez consciente que hacen de este libro, en el fondo, una obra mundana y sabia de cuentos « populares para salón ». En el granero en que desatan el corpiño á la Hermosa durmiente del bosque, le frotan las sienes con agua de Hungría; el rey le presenta la mano al bajar de su coche como se practicaba en Versalles; el personal del castillo se compone, según costumbre, de gentileshombres, de oficiales, mayordomos, cocineros, pajes y galopines; nos hacen sonreír ante la nariz abultada y el rubicundo rostro de los suizos; las hadas jóvenes viajan en carrozas doradas; las viejas se apoyan en su báculo encor-

vado como la Sra. Pernelle de corva nariz. La perversa hada se come á Aurora y á Día con salsa Robert; era entonces una actualidad; después ha envejecido y ha adquirido carácter histórico. Aquel barniz Luis XIV se ha sobrepuesto al cándido encanto de la leyenda primitiva y ésta ha tomado aspecto tieso y almidonado, lo cual no ocurría con los niños del siglo xvii, porque entonces aquel barniz era nuevo y no había ningún detalle arcaico.

De igual modo los personajes se acomodaron á los tipos del día.

Barba Azul era el rico improvisado que tiene « lindas casas en la ciudad y en el campo, vajilla de oro y plata, muebles con bordados, y carrozas doradas ». Se casa con una doncella de buena familia, y no tarda en hacerle arrepentirse. Esto, sin contar la lección de que todas nuestras acciones nos acompañan durante la vida. La mujer desobediente se obstina inútilmente en lavar la llave encantada. « Cuando quitaba la sangre de un lado aparecía del otro. » Pero todo pecado merece misericordia y Perrault salva á la mujer de Barba Azul.

También se compadece de Cenicienta y la imaginación arranca á la pobre muchacha de sus mayores miserias para llevarla al baile « donde el hijo del rey, á quien avisaron que acababa de llegar una gran princesa, corrió á recibirla... El rey, á pesar de su vejez, no dejaba de mirarla y de decir por lo bajo á la reina que hacía largo tiempo no había visto una persona tan bella y tan amable... Y el hijo del rey no comió, pues sólo pensaba en mirarla ».

La pobre Cenicienta, al volver á la mísera realidad, se duerme sin embargo con la ilusión de ser feliz.

Micifuz el de las botas en compañía del bueno del rey, que es muy aficionado á las botellas, resulta primo de los lacayos bribones é ingeniosos de Molière y de la comedia italiana. Este gato, mal sujeto, que « se convierte en gran señor y ya no corre detrás de los ratones sino por pura diversión », tenía más de un representante en la vida.

El Ogro de Pulgarito es el noble arruinado que se retira á sus tierras, llevando como últimas reliquias de su esplendor sus joyas y vajilla maciza; sus hijas duermen con coronas de oro; en la cocina, delante de la gran chimenea, asa la mujer del ogro un carnero entero, mientras que en la alcoba, oculta por las cortinas, se ostenta el venerable lecho en que pueden dormir á sus anchas siete muchachas.

Forman la obra de Perrault historias maravillosas puestas al alcance de los pequeñuelos, con gran precisión en cuanto al tiempo, lugar, decoraciones y trajes, que les dan gran aspecto de verdad¹.

Entremos en la granja de Piel de Asno, por ejemplo, y veremos un

1. Los *Cuentos* de Perrault han sido traducidos varias veces en español para uso de las escuelas, pero no conocemos ninguna traducción verdaderamente literaria.
N. del T.)

croquis del natural que tiene toda la crudeza de un cuadro de Téniers.

Además el estilo es sencillo, la marcha viva y desembarazada, con cierto humorismo cándido, no desprovisto de malicia y ligereza, y tal que, en una palabra, parece que no podían decirse las cosas de otra manera. Esto es todo lo que hay en esas pequeñas obras maestras y es, en efecto, todo lo que hacía falta, pero que no estaba al alcance de todo el mundo.

En cuanto á los símbolos que representan las ficciones de los cuentos de viejas, se han encontrado recientemente en los mitos transmitidos sucesivamente á través de las edades de la humanidad y transformados según la imaginación risueña ó soñadora de los pueblos.

En el origen de los tiempos, en la época de la inocencia del mundo, el lobo representaba al Sol devorando á la aurora en la persona de Caperucita Encarnada. Pulgarito, que procedía de Oriente, era el carretero de la Osa Mayor : al pasar por la Edad Media, tan dura para con los enanos y seres deformes, adoptó este carácter á que eran muy aficionados los niños y las muchedumbres, merced á lo cual vemos, según frase de Víctor Hugo, « horribles gigantes muy brutos vencidos por enanos muy ingeniosos ».

El asno de *Piel de Asno* es la bruma húmeda tras de la cual se oculta la aurora para librarse de las persecuciones del sol.

Y las hadas representan todos los espíritus similares de las mitologías escandinavas y celtas. Son la ondina que huye y se oculta bajo las verdes aguas, la walkiria (*la Bella durmiente del bosque*), que cabalga en la cresta de las nubes, y Orégano y Mejorana y todos los genios de los bosques y prados, cuya historia constituye el folklore, y cuyas alas de color de luna comunican reflejos sonrosados y azules, argentados y cobrizos á toda esta literatura menos infantil que popular.

Señala su paso el murmullo de los árboles y sus voces se confunden con el rumor de las fuentes ; sus velos de oro se pierden entre el oro rojizo de las hojas de otoño. Ellas son las que juegan en los rayos del sol mientras los enanos vestidos de rojo bailan en las espesas hierbas á orillas de las fuentes, en cuyo fondo velan las ninfas las almas de los ahogados. Por lo demás, hay en esto una extraña mitología en que alternan la fantasía oriental con los terrores escandinavos, en que devoran los ogros la carne fresca de los niños, y en que las brujas arrugadas, encorvadas y sórdidas manejan sapos, en tanto que saltan pequeños é impalpables seres como elfos, nornos, gnomos y duendes.

Perrault desdeñó con razón la arqueología en sus relatos ; era el mejor regalo que podía hacer á los niños, puesto que se hallan en la

edad de las « ficciones y de las credulidades felices », en que la imaginación florece aún con toda la frescura de la novedad.

No les importa saber de dónde proceden esos cuentos ; creen sin duda sencillamente que han hecho como Caperucita encarnada, que « se fué por el camino más largo divirtiéndose en coger avellanas, en perseguir mariposas y en hacer lindos ramilletes con las florecillas que iba encontrando ».

Si hubo algún género literario que excitase el entusiasmo del público tanto en tal vez más que la novela, fue seguramente el cuento de hadas. El cuento tuvo la mayor parte y reveló más aún que la novela y la poesía, la división que separaba en aquel siglo el campo